

Olga era una jovencísima eslava rubia. Extremista, generosa, independiente, tenía unos impulsos sentimentales, un sueño de absoluto y una impetuosidad, que hicieron que Sartre se enamorara locamente de «la pequeña rusa»: «Llegué a lo más hondo de mi locura y de mi pasión por O.: dos años —recoge en uno de sus *Cuadernos*—. Desde marzo de 1935 a marzo de 1937».

«Nos convertimos en un trío», escribe Beauvoir, y esta historia fue durante dos años el centro de sus vidas. La introducción de una tercera persona en un dúo, que obliga a cada cual a descubrirse a través de la mirada del otro es el tema de la novela *La invitada* y de *Huis Clos*, tema que fascinaba a Beauvoir y a Sartre: «Pensábamos —dicen— que las relaciones humanas debían ser reinventadas constantemente». Organizaron sus relaciones sobre la base de un trío perfecto: «Pusimos a punto un sistema de tête-à-tête y de reuniones plenarias que en principio debía satisfacernos a todos».

Beauvoir en sus diferentes apuntes y aclaraciones no deja de traslucir que por aquel entonces funcionaba estimulada por cierto masoquismo intelectual y afectivo. Reconoce que toda aquella complejidad «Era obra de Sartre... En cuanto a mí, por mucho que intenté encontrar satisfacción en ello, nunca me sentí a gusto». Y añade: «El plantearme el trío como un asunto de larga duración que se prolongara durante años, me aterrorizaba». Por otra parte, el decir: «No somos más que uno solo», le parecía una trampa, puesto que de sobra sabía que había experiencias que cada uno vivía por su cuenta.

Para Beauvoir fue una experiencia violenta y difícil, ya que se encontró atrapada y dividida entre el cariño hacia Olga y el inmutable amor por Sartre. En *La invitada* Simone se liberó matando a Olga en el último capítulo titulado «Legítima defensa».

En 1985, cuando le preguntaron a la escritora francesa sobre si la experiencia del trío supuso una tortura, ella respondió: «Hubo momentos muy, pero muy buenos en la medida en que cada cual se entregaba mucho. No hubiera durado tanto tiempo si no hubieran existido ratos muy felices entre Sartre y Olga o entre Olga y yo. Pero no fue exactamente una tortura, sino algo complicado. Hubo malos ratos para todo el mundo.»

Nuevas seducciones

Cuando los amores entre Olga y Sartre ya están de capa caída, surge un nuevo personaje, Wanda, hermana de Olga. Sartre, eterno seductor, al sentirse fracasado con la hermana mayor, se dedicó a seducir a la pequeña, hasta que lo consiguió. Esta nueva pasión le duró mucho tiempo. También Simone es partícipe de los avatares de este nuevo apasionado amor, como podemos ver bien recogido en *Cartas al Castor y algunos otros*, edición llevada a cabo por la propia Simone de Beauvoir.

Con pelos y señales, Sartre relata a Beauvoir lo que piensa y siente acerca de su amante de turno. En los dos gruesos tomos que contienen la correspondencia, las venturas y desventuras con Wanda —en la correspondencia llamada Tania—, son las que aparecen en mayor número: crisis, rupturas, reencuentros, juicios de valor. «Pues, a fin de cuentas —dice Simone contándole su crisis pasional—, no se justifica del todo: ni por el valor que concedo a T. cuando la veo, ni por los propios hechos (de que hay una historia en este momento no cabe la menor duda, pero de que ésta se pega a mi destino como un piojo a un cabello, tampoco, como bien dijera usted). De suerte que me cen-

suro duramente por todo este pequeño jaleo. Pero, ¿qué quiere? Aquí lo que falla es que no puedo decir que estas relaciones merezcan mucho más que una estúpida crisis de celos. Fuera de estas crisis, la relación es cordial y lánguida. El valor que concedo a esta muchacha, se lo concedo sobre todo a la luz de los momentos pasionales».

En su correspondencia con Simone, Sartre reiteradamente compara lo que para él suponen sus amores contingentes con su amor necesario: «Me puse a escribir mis cartas —escribe— y después me acerqué a la estufa y me puse a calentarme nalga con nalga con otros soldados, fumando y pensando en usted con deleite. De vez en cuando me acordaba también de Tania rodeándome con sus brazos y diciéndome: “Cariñito mío, cariñito mío” y también esto me estremecía. Pero es curioso: hoy los recuerdos de Tania se han agotado, sólo existe usted. Amor mío, si pudiese saber cuánto la he amado estos días, dejaría de preguntarme qué es eso de un sentimiento en mi cabeza y renunciaría para siempre a llamarme sepulcro blanqueado».

Entre un sin fin de jaleos falderiles, Sartre siempre acaba confesando a Beauvoir, que ella es lo único no cambiante, que es su conciencia moral y su juez, que él sólo es puro con ella y que si ella le faltara se volvería loco. «No lo lamente —escribe el 28 de febrero de 1940—, no es que la guerra me haya mostrado la infinita distancia que había entre mi afecto por usted y el que me inspiran todas las otras —eso ya lo sabía—, pero sí me enseñó que con usted no podía permitirme una negligencia o un descuido, por lo fuerte que era este amor y porque nobleza obliga.» Y en otra carta escrita el día siguiente (mientras Sartre estuvo en el frente su correspondencia con Simone fue diaria): «La quiero. Tengo miedo de inspirarle desconfianza con todas esas mentiras en las que me enredo, tengo miedo de que mi verdadera imagen y lo que soy para usted queden un poco salpicados. Tengo miedo de que repentinamente se pregunte, en medio de tanta política, de mentiras enteras y sobre todo de verdades a medias: ¿no me estará mintiendo a mí, no estará diciendo la verdad a medias? Se lo pregunta usted, de vez en cuando. Mi pequeño, mi adorable Castor, le juro que con usted soy completamente puro. Si no lo fuera, no habría nada en el mundo con lo que no me comportara como un mentiroso, me perdería a mí mismo. Amor mío, es usted no sólo mi vida sino también la única honestidad de mi vida. Gracias a que usted es como es. La quiero».

En su vida de mentiras y medias tintas, considera que sólo su amor por Simone es lo no cambiante: «E impresiona, querido amor mío, pequeña mía, pensar que lo único que no tiene que cambiar por nada del mundo, lo único enteramente verdadero y satisfactorio, es nuestro amor».

Las censuras de Beauvoir no sólo no le molestan sino que las considera necesarias; la severidad para con él es una prueba más de su verdadero amor.

En carta del 11 de abril del 40, se reafirma una vez más en su único amor necesario: «Mi querida pequeña, creo que no podría prescindir de usted; he pensado, sin romanticismo, con fría exactitud, que si usted muriese yo no me mataría, pero me volvería completamente loco. Entonces sigamos bien vivos, amor mío».

Una apertura total

Si la transparencia fue la pasión dominante en la relación Beauvoir-Sartre, el hecho de sacar a la luz pública la correspondencia íntima, es una muestra más de esa claridad

vivida del principio al fin. *Las Cartas al Castor* causaron el asombro de muchos y el pasmo de algunos, al comprobar que su contenido revela muchos de los trapos sucios de la vida de Sartre y sus experiencias sexuales. Poner todas las cartas boca arriba con los únicos límites del conocimiento de sí mismos y del mundo, fue el regalo más generoso que se hicieron los dos escritores. Las biógrafas de Beauvoir, C. Francis y F. Gontier, lo expresan muy bien cuando dicen: «Su obra, que trabajaron en común, donde tiene capital importancia la experiencia, lo físico y lo auténtico, no existiría en su originalidad sin esa apertura total sobre sí mismos, sin artificios, sin vanidades, sin reservas ni disfraz».

Simone dijo en más de una ocasión, que sólo deberíamos hacer lo que somos capaces de asumir. El publicar su correspondencia íntima es una responsabilidad que muy bien podía cargar sobre sus hombros, y así lo hizo. «Al ofrecer al público esta correspondencia —dice en la introducción—, no hago más que cumplir uno de sus anhelos. Sería de desear, no cabe duda, que toda su obra epistolar —que es inmensa— acabara reunida, pero esto llevará seguramente mucho tiempo. Preferí entonces no esperar y divulgar ahora mismo las cartas a mí dirigidas, así como algunas otras legadas o confiadas por sus destinatarias».

Por su parte Sartre, en el verano de 1974, también precisó lo que sus cartas representaban para él: «Eran la transcripción de la vida inmediata... Eran un trabajo espontáneo. Pensaba para mis adentros que esas cartas podrían publicarse... En el fondo imaginaba que las publicarían después de mi muerte... Mis cartas han sido, en definitiva, una especie de testimonio sobre mi vida».

Al publicarse *Las Cartas al Castor*, más de un crítico se preguntó si el caso de la Beauvoir, no era, en definitiva, como el de tantas esposas que han tenido que sufrir las múltiples aventuras amorosas de sus maridos. Ante tales comentarios ella respondió: «Esa visión de mí es falsa. En el seno de mi pacto con Sartre, yo tenía la misma libertad que él y la usé».

Sartre comentó de los amores de su amor: «Entre Simone de Beauvoir y yo nunca hubo discusión alguna respecto a sus amores secundarios. Porque yo los consideraba totalmente secundarios, sin preocuparme de lo que pudiera ocurrir en esas aventuras».

Ella decía de los amores de Sartre: «... acepté el hecho sin dificultad; sabía hasta qué punto estaba empeñado Sartre en el proyecto que gobernaba toda su existencia: conocer el mundo y expresarlo; tenía el convencimiento de estar tan estrechamente ligada a él que ningún episodio de su vida podía frustrarme.»

Sus amores secundarios

En 1937, la Simone treintañera sigue siendo mujer de un único amor, pero aquel año, en una excursión por los Alpes, el joven Jacques-Laurent Bost, se convirtió en su primer amor contingente. En la novela *La invitada*, su autora y protagonista del affaire, nos cuenta con detalle cómo fue aquel encuentro. Surge así un nuevo trío muy distinto del hasta entonces vivido con Olga. Informado Sartre, de inmediato aprobó los nuevos lazos. En cuanto a Olga —que más tarde pasaría a ser la esposa de Bost—, consideraron